

NAVIDAD EN LA MEMORIA

(1915-1964)

*Comprometidos con
el medioambiente*

NAVIDAD EN LA MEMORIA
(1915-1964)



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2020

Navidad en la memoria: 1915-1964/ José Restrepo Jaramillo... [et al]. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2020.

82 p.; 21 cm. -- (Colección Rescates)

ISBN 978-958-720-688-3

1. Cuento colombiano. 2. Crónicas colombianas. 3. Cuentos de navidad. Crónicas de navidad- Colombia. I. Restrepo Jaramillo, José. II. Tít. III. Serie

C868.3 cd 23 ed.

C965

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

NAVIDAD EN LA MEMORIA

1915-1964

COLECCIÓN RESCATES

Primera edición en la colección Rescates

© HEREDEROS DE: José Restrepo Jaramillo, Francisco Villa López, Blanca Isaza de Jaramillo Meza, Jaime Sanín Echeverry, Rocío Vélez de Piedrahíta, Tomás Carrasquilla, Joaquín Emilio Jaramillo, Jorge Zalamea Borda, Jaime Posada Díaz, P. Félix García, Ricardo Uribe Escobar, Sofía Ospina de Navarro, P. Juan F. Muñoz y Pabón

© EDITORIAL EAFIT

CARRERA 49 No. 7 SUR - 50 TEL. 261 95 23, MEDELLÍN

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

INVESTIGACIÓN Y RECOPIACIÓN DE TEXTOS: María Isabel Duarte G.

AGRADECIMIENTOS A: Rigoberto Guzmán Osorio y Juan Carlos Cardona

Gómez, auxiliares Sala de Patrimonio Documental

DIRECCIÓN EDITORIAL Y EDICIÓN: Claudia Ivonne Giraldo G.

CORRECTOR DE PRUEBA: Gustavo Adolfo Giraldo Giraldo

DESEÑO DE COLECCIÓN: Alina Giraldo Yepes

ILUSTRACIÓN CARÁTULA Y GUARDAS: ©shutterstock.com

ISBN: 978-958-720-688-3

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

CONTENIDO

NAVIDAD EN LA MEMORIA

Juan Luis Mejía Arango 7

ILUSIONES

José Restrepo Jaramillo..... 11

LOS CENTAVOS DE NAVIDAD

Francisco Villa López 17

CUENTO DE NAVIDAD

Blanca Isaza de Jaramillo Meza..... 21

EL CINCO DE OROS

Jaime Sanín Echeverry..... 27

EVARISTO Y LA HOJA DE CELOFÁN

Rocío Vélez de Piedrahíta..... 31

DICIEMBRE (1915)

Tomás Carrasquilla 37

POR NAVIDAD: EVOCACIÓN

Joaquín Emilio Jaramillo..... 43

NAVIDAD DE HIERRO... PASCUAS DE FUEGO

Jorge Zalamea Borda..... 47

EN LA RUTA DE NAVIDAD. LOS JUGUETES (Fragmento)

Jaime Posada Díaz..... 53

AIRE DE NAVIDAD

P. Félix García..... 57

DICIEMBRE

Ricardo Uribe Escobar..... 63

LA NOCHEBUENA

Sofía Ospina de Navarro..... 67

LAS NAVIDADES DE ANTAÑO

Blanca Isaza de Jaramillo Meza..... 73

VILLANCICO

(Anónimo)..... 77

A LA NANITA NANA

P. Juan F. Muñoz y Pabón..... 79

NAVIDAD EN LA MEMORIA

El dos mil veinte quedará en nuestra memoria, por generaciones, como el año del inicio de una pandemia que puso a la humanidad contra las cuerdas y nos obligó a cambiar costumbres, a repensarnos, a trabajar y a relacionarnos de creativas maneras. Ha sido un año complejo, difícil, que también nos ha enseñado a ser más humildes, más sencillos, a vivir con menos, a aspirar al silencio. Así hemos podido enfrentar los grandes retos que se nos han planteado como institución y como individuos.

El fin de este 2020 se ve ya; la mayoría de nosotros viviremos una Navidad extraña, alejados físicamente de nuestros familiares cercanos y de nuestros más queridos amigos. Extrañaremos otras Navidades, días vertiginosos durante los cuales no hallábamos un momento para detenernos y respirar. Extrañaremos, tal vez, ese vértigo, tal vez el bullicio, las reuniones familiares, los amigos, las compras, los compromisos.

Felizmente la Navidad, más que un período de tiempo es un espíritu arraigado en el inconsciente de nuestra especie, con su carga simbólica de renovación, de nuevo comienzo, de bondad genuina y de aspiración profunda de alcanzar la paz. Durante el último siglo, para nombrar una época cercana, hemos atravesado tiempos oscuros, terribles. Guerras mundiales, catástrofes naturales, hambrunas extendidas, gentes de naciones enteras

que se han convertido en expatriadas sin refugio en esta tierra. Con todo, la Navidad ha iluminado a los seres humanos en esa oscuridad como promesa de mejores tiempos, de esperanza que anida en nuestra infancia, esa patria de donde ciertamente procedemos.

Hemos querido celebrar esta Navidad rindiendo un homenaje a la memoria, al rescatar algunos textos hallados en las revistas literarias más importantes de nuestra región y del país de finales del siglo XIX y principios del XX, que nos ofrecen el viaje hacia otras Navidades. Homenajear a quienes las vivieron y nos dejaron de herencia sus textos, hoy olvidados, y en ellos las tradiciones y emociones que en estas fiestas nos son tan queridas. Palabras de escritores fallecidos, amadas voces que hoy, más que nunca, llegan para acompañarnos.

Nos traen estos cuentos y crónicas a una Colombia –una Antioquia– profundamente católica, con su prédica sobre la caridad, la sencillez y el amor familiar; pero que también se queja de una modernidad que llegaba a perturbar la vida tranquila de nuestras incipientes ciudades y a expresar, como lo hacemos muchos hoy, que las Navidades de antes eran mejores, que algo entrañable se perdía entre el ruido, los automóviles, la radio, el ferrocarril.

Ofrecemos estos textos llenos de encanto, de inocencia y de bendita ingenuidad, con la esperanza de que por un momento el espíritu de la Navidad habite de nuevo entre nosotros, y que descansemos el alma en el suave susurro de la memoria.

Juan Luis Mejía Arango

Rector
Universidad EAFIT
Diciembre de 2020

*¡Bien haya el buen sol, alma del orbe! ¡Bien haya diciembre,
el mes de la juventud y de la infancia! ¡Bien, el fin de año,
que trae a los mortales tantas emociones!*

Tomás Carrasquilla, *Diciembre*

*Pero el secreto de este indefinible encanto de la Navidad
reside en el aire, en este aire tierno y conciliador aniñado y musical,
que mece el ramaje de los nacimientos y se puebla de villancicos
y viejas canciones navideñas*

P. Félix García, *Aire de Navidad*

ILUSIONES

José Restrepo Jaramillo

REVISTA SÁBADO, DICIEMBRE 1922

Fan apacible como la mirada del padre Martín es el dulce resplandor de la lámpara que vacila a través de la verde pantalla y esboza aquí un rostro de muchacho travieso, allí dos manos cruzadas sobre el pecho y más allá un torso que hincha la manta.

Las sandalias del padre Martín se quejan con apagado toc, toc de reloj afónico. Su sombra se arrastra por el centro del dormitorio y por los bordes de las camas, corre delante de él, se alarga hasta el muro; si el padre gira, ella lo delinea rápidamente, se agazapa alrededor de la sotana cuando llega al pie de la lámpara y lo sigue por delante como perro mudo y cariñoso.

Un chico estira los brazos, rechaza algo invisible, ronronea oscuras palabras y continua en suave placidez. Otro se vuelve ovillo bajo la manta, da una semivuelta sobre el lecho y torna a hundirse en la tranquilidad de un soñar de pájaro confiado.

El padre Martín lee un rato en su breviario, murmura una corta oración, se santigua y prosigue el monótono paseo a lo largo del dormitorio. Es un anciano de 60 años con cuerpo amasado de bondad y el alma hecha de caridad vicentina. En su cabeza hay blancura noble, sus ojos fulgen con destellos compasivos

que no deben venir de este mundo; en su rostro muchas arrugas esconden la inocencia de la niñez y la ternura de la senectud. Hay algo en su figura que le hace buscar la tierra hospedadora y que revela el frágil idealismo de los que viven consumidos en el eterno amor. Tan bueno como sus maestros de Galilea y de Asís, solo ve la desgracia y la maldad para remediarla y compadecerla. Su limpio y sencillo corazón escabel es de los ángeles del cielo que en él se aposentan como trono libre de mácula y oloroso de santidad.

Su abnegación y caridad fundaron aquel dormitorio donde recoge a los huérfanos rapaces que la noche le trae a sus brazos, y para ellos es el montón de juguetes que se arraciman en la mesa del cuarto vecino, ese aguinaldo pedido con amor por él, bendecido por su mano y al calor de su alma perfumado.

Aquí está el fruto de sus constantes súplicas y de la caridad siempre sensible al reclamo religioso. Hay caballitos encabritados, automóviles con chofer, bombas de caucho lujosas, cajas de bombones, muñecos regordetes. Además, un aeroplano de 40 cm de largo y un arlequín vestido como torero, carcajeante, con dos platillos en las manos que al juntarse producen enloquecedor chasquido.

El santo varón inspecciona todo con cariño paternal, sale complacido del cuarto y vuelve a su silencioso paseo. Son las 12 de la noche; a las 4 de la mañana se cantará la Misa de Gallo y él quiere que sus inquilinos encuentren al despertarse el aguinaldo que por su mediación les prometió Noel. Por un momento el anciano se entretiene en escuchar los ruidos apagados que llegan del corazón de la ciudad. Hay algo que nace en todos esta noche: en las iglesias pernea tiritante el niño Dios; en los hombres revive la alegría que durante el año fue estrangulada por negocios y prejuicios y que ahora sube y estalla igual que los

cohetes violadores del espacio; los niños abren sus ojazos plenos de entusiasmo ante el divino modelo y hasta los animales y las plantas sienten algo jubiloso en aquella hora: por ahí están los gallos desesperados gritando la buena nueva en todos los tonos; los gatos y los perros forman bulliciosa zambra en tejados y patios, y ¡cuántas flores abrirán su cáliz lloroso de rocío en el rincón lleno de luna de algún jardín olvidado!

Ahora el padre Martín se ha dormido en la silla y reposa tranquilo enredado en la maraña de inocentes divagaciones. Y en el aéreo palacio de sus fantasías comienza a detallarse algo maravilloso que recoge toda su atención. Lentamente se va dibujando un severo edificio por las altas murallas circundado, lleno de vago misterio que se prolonga en estrechos claustros, se enreda en los árboles del huerto adyacente, llora en la alberca y amarillea en los rostros de varios encapuchados que por allí deambulan como silenciarios que huyeron de un pórtico en ruinas. En una celda donde murió el ruido y agoniza la luz hay un monje de facciones juveniles y de ojos tranquilizadores como islotes de sombra; tiene el cabello negro y la boca sellada por atormentado rasgo de amargura. En el suelo descansa un cacharro viejo con agua, en un rincón se insinúa modestísimo lecho y sobre desnuda mesa fulge la blancura de una calavera como sutil ironía de la penumbra. El monje está de rodillas abstraído en graves meditaciones. A través del único postigo cabrillean las hojas de un naranjo; más allá revuelan unas golondrinas, y aún más lejos las montañas besan el cielo y el cielo se curva con infinita molicie.

El padre Martín se abisma confundido en su sueño; mira tristemente al hierático religioso y de pronto gime con voz ahogada: ¡Dios mío si es Gabriel mi chicuelo preferido! ¡El que se lleva mi alma y de continuo vive en mi espíritu! Si es él, mis

pensamientos se confirman. Y el humildísimo sacerdote se anega en dolorosa gratitud que amargamente le punza el corazón.

Hay un intervalo de calma pesada en que la máquina del sueño teje nubarrones indefinibles y trepidaciones sordas. Dudas, reflexiones y tinieblas forman hervidor remanso donde el visionario es llevado y traído como débil leño sobre enloquecida corriente. Luego el confuso remolino se aquieta, se esfuma y de allí surge humilde prisión donde el soñador se halla consolando a esos desventurados que el río de la vida arroja a sus orillas para que allí palidezcan y se consuman hasta la muerte. En el quieto retiro hay uno que asesinó a indefenso viajador para robarle cuanto llevaba, amparado por la soledad de la montaña y defendido por espesa malla de sombras no tiznadas por sombra humana. De allá lo arrancó la justicia como fiera dañina a las fieras y lo trajo al centro del poblado. Y al que tenía por habitación la inmensidad sonora de la selva se le dio la callada penumbra de un calabozo, y al que tenía todo el espacio abierto a sus ojos y todo el aire para sus pulmones, se le dieron cuatro paredes enfermas de soledad y se le tasó su ración de aire y de cielo.

Pero, ¡gran Dios!, si este es Felipe, uno de los pillos que más atormentan al padre Martín, el que sabe todo el vocabulario blasfemo de la miseria y tienen sus pupilas una buida llama capaz de encender mil corazones de mujer y de apuñalear otros mil de hombres. ¡Misericordia, Dios mío!, ruega el atribulado sacerdote. ¿Es posible que para esto viva puliendo con ardor la mellada herramienta de mi espíritu? ¿Será verdad, Dios compasivo? Y con rápido salto vuelve a la vida callada de su dormitorio, mordido el corazón por el agudo sueño, estrujada el alma por la visión martirizadora.

Y comienza a pasarse intranquilo, desesperado, luchando por arrancar luz de aquel embrollo hecho pesadilla donde la racha

del futuro levantó dos celdas y mostró dos vidas que él no verá desde este mundo.

Ante él, como perro fiel y asustado, su sombra corre y se arremolina al pie de la bujía y torna a prolongarse hasta el muro. Afuera se quiebra el zumbido de la ciudad alegre. Gritos de muchachos, conversaciones de hombres, repiques de vehículos, todo se estrella contra aquel remanso de tranquilidad. Noel nació en las almas y en las cosas y ya los Reyes Magos entraron en las alcobas y dejaron el regalo en la bota que espera al pie del lecho, en el tosco alféizar o en la cama paupérrima. Todos los niños tienen ya su aguinaldo, menos aquellos que la noche arrojó en brazos del bondadoso padre.

Y como el reloj vecino da la una y los chicos empiezan a removerse, el santo levita se apresura a repartir el botín ganado por su caridad y su constancia.

Un globo para este, una pelota de caucho para aquel, aquí una caja de confites, más allá el caballito encabritado. Con sigilo amoroso va quedando el aguinaldo cerca de cada uno de los nocturnos inquilinos. Por inexplicable sentimiento –mezcla de amor y temor, miedo inocente de que la visión reviva en Gabriel y Felipe– aún no se ha acercado el padre a estos y tampoco sabrá ninguno por qué se hallan todavía en la mesa el bullanguero arlequín y el diminuto aeroplano. Al tomarlos se enciende más el recuerdo, tiene un acceso de dolor entrañable, todas sus fibras se tensionan con agudeza de martirio:

—Dios mío, que no haya tristes en el mundo, que no haya cárceles. Si vida les diste y a los palacios de tu mundo alegre los trajiste, ¿por qué no han de gozar la vida?...

La risueña figura del payaso vistoso como torero se inunda con el llanto sagrado del levita, y el aeroplano parece que acaba

de bajar desde muy alto con pequeños témpanos de lágrimas en las alas.

—Para ti, —y al lado de Gabriel deja el arlequín carcajeante a través del lloro.

—Para ti, —y cerca del travieso Felipe queda el aeroplano húmedo de lágrimas...

Y hay un momento en que bajo la triste mirada del padre Martín, los dos juguetes se insinúan como símbolo mudo de una filosofía que aún no han inventado los hombres, cual concreción lejana y cariñosa de algo que se anhela ver y que nunca se verá.

JOSÉ RESTREPO JARAMILLO, nació en Jericó en 1896. Fue periodista, cuentista, novelista y diplomático. Murió en Medellín en 1945. Según Jairo Morales Henao en su libro, *José Restrepo Jaramillo y la renovación de la narrativa colombiana del siglo XX*, publicado por la Editorial EAFIT en 2016, no se le han reconocido sus grandes méritos literarios, su extensa obra y su contribución a esa renovación de la literatura del siglo XX en Colombia. Obras: *La novela de los tres*, *David, hijo de Palestina*, *Dinero para los peces*, *Un día de consulado*, *Mi amigo Sabas Pocahontas* y *Ventarrón*, son sus novelas publicadas. Tiene “relatos memorables” como “Cinco minutos de castidad”, “Primer viernes”, “Colinas florecidas de niños” y “Visión de octubre”, entre muchos otros.

Restrepo Jaramillo, José. “Ilusiones”, cuento de Navidad. En: *Sábado*, revista semanal (Medellín), No.77, dic. 1922, pp. 931-932).